

# *Madres que buscan a sus hijos “adoptados” y robados: reflexiones sobre familia, género y clase desde una perspectiva antropológica*

*GESTEIRA, Soledad / FFyL-UBA / CONICET- soledadgesteira@gmail.com*

---

» *Palabras claves: madres, hijos robados, identidad, orígenes.*

## **> Resumen**

En Argentina la tematización de la identidad, los orígenes y la filiación se ha visto influenciada por el activismo jurídico-político desplegado por Abuelas de Plaza de Mayo en la búsqueda de sus nietos que fueron apropiados durante la última dictadura cívico militar. A partir de su labor y la consecuente sensibilización social respecto a la importancia de conocer los orígenes, muchas personas -que no podían ser nietos y nietas- se vieron interpeladas por la práctica y el discurso de Abuelas. Fue así que a comienzos del año 2000 hombres y mujeres que fueron inscriptos falsamente como hijos biológicos y/o adoptados, que querían conocer sus orígenes comenzaron agruparse y formar asociaciones y grupos para reclamar por su “derecho a conocer los orígenes”.

En mi tesis doctoral analicé las formas de activismo que estas personas llevan adelante, y como ellos en la construcción de su demanda por “el derecho a conocer” se constituyen en un tipo particular de activista que se inscribe en el dominio del parentesco. A partir de esta investigación advertí en las organizaciones la presencia de mujeres de entre 50 y 70 años que buscan a sus hijos, madres que sostienen que sus hijos fueron dados por muertos y que no les dieron certificados de defunción, ni les mostraron el cuerpo, o bien que fueron obligadas a entregarlos o que lo hicieron de forma “voluntaria”, pero luego se arrepintieron. En Argentina, recientemente estas mujeres se han ido nucleando y conformando grupos específicos de “madres que buscan a sus hijos”.

A partir del trabajo de campo realizado en asociaciones de personas adoptadas y de entrevistas en profundidad a estas mujeres, esta ponencia describe y analiza por un lado, el surgimiento de estas agrupaciones de mujeres, y por otro, los relatos que ellas construyen sobre la separación de sus hijos, atendiendo a las reconstrucciones que hacen sobre su propio pasado y sobre la situación específica en que tuvo lugar ese hecho. De este modo, las categorías de clase social, género, familia y parentesco, permitirán situar estos relatos y comprender quiénes eran estas mujeres y qué discursos se construían entorno a ellas y sus embarazos que, en la mayoría de los casos, atentaban contra las formas legítimas de construir –y concebir- la familia y el parentesco.

## › **Presentación**

Este trabajo contiene algunas primeras elaboraciones respecto a un fenómeno reciente y creciente que tiene que ver con el reclamo que, desde hace unos años, están llevando adelante mujeres que sostienen que les han robado sus hijos al nacer y que lentamente comienza a organizarse. Pude tener conocimiento sobre estos testimonios a partir de mi trabajo de campo para la realización de mi tesis de maestría y posteriormente de doctorado. Mi investigación versó sobre la “búsqueda de los orígenes” en la Argentina, es decir sobre las búsquedas que emprenden personas que han sido “adoptadas” o anotadas “como si” fueran hijo biológicos y que quieren conocer su “identidad”, “sus orígenes”. En mi tesis doctoral analicé las formas de activismo que estas personas llevan adelante, y como en la construcción de su demanda por “el derecho a conocer” se constituyen en un tipo particular de activista que se inscribe en el dominio del parentesco. A partir de esta investigación advertí en las organizaciones la presencia de mujeres de entre 50 y 70 años que buscan a sus hijos, madres que sostienen que sus hijos fueron dados por muertos y que no les dieron certificados de defunción, ni les mostraron el cuerpo, o bien que fueron obligadas a entregarlos o que lo hicieron de forma “voluntaria”, pero luego se arrepintieron. En Argentina, recientemente estas mujeres se han ido nucleando y conformando grupos específicos como es “Madres en Búsqueda de sus hijas e hijos separados al nacer” formada en 2017 por la iniciativa de dos madres<sup>1</sup>.

En este trabajo focalizaré en el caso de Amanda<sup>2</sup> por considerarlo un caso paradigmático en la medida en que permite analizar cómo se entrecruzan las categorías de familia, género y clase a la hora de comprender quienes eran estas mujeres cuando dieron a luz, que ideas existían sobre la maternidad y la familia en aquel momento y también quienes son estas mujeres hoy cuando reclaman por el derecho de sus hijos a conocer “su verdadera identidad”.

## › **El caso de Amanda**

Amanda es una mujer alegre, activa y muy amable. La conocí a través de los integrantes de Raíz Natal, una asociación de personas que, inspiradas por Abuelas de Plaza de Mayo, que en 2003 se organizaron para buscar sus orígenes, ya que fueron “adoptadas” o bien inscriptos falsamente como si fueran hijos biológicos, pero ninguno de ellos es hijo de desaparecidos. Durante mi trabajo de campo allí todos hablaban de Amanda, “la mamá”, escuchaba cosas como estas: “ella es una mamá que busca, que le robaron a su hijo y que hace años lo está buscando, hizo de todo”, “para nosotros es un ejemplo”, “nosotros la cuidamos mucho y la acompañamos”, comentarios del estilo eran proferidos por los integrantes de la Asociación. Para ellos

---

<sup>1</sup> <https://www.facebook.com/groups/madresenbusqueda/>

<sup>2</sup> Todos los nombres del caso fue modificados.

Amanda representaba la posibilidad de que “sus madres” lo estuvieran buscando y así otorgaba sentido a sus búsquedas. Mientras estuve en trabajo de campo para mi tesis de maestría y doctorado, si bien supe de “las madres” que llegaban a estas asociaciones no tomé contacto con ellas. Pero en el tramo final de mi tesis doctoral comencé a realizarles entrevistas a todas las madres que pude conocer en las asociaciones con las cuales tome contacto para mi investigación, una de ellas fue Amanda, que me recibió en su casa de Tigre un 19 de junio de 2014.

Amanda nació en Gualaguay, Entre Ríos, toda su familia es de allá, sus padres tuvieron 10 hijos. “Gente de campo, italianos, gente muy fría, cuando sos chica no ves, te das cuenta a medida que va pasando el tiempo lo que hicieron y lo que fueron, hacían diferencia entre los hermanos”. Me dirá. “Mi padre era alcohólico, yo tenía 9 años cuando me pusieron a trabajar en casa de familia, la pasé muy mal, te hacían fregar un piso, un techo, una ventana, cualquier cosa, y ellos –mi madre o mi padre- iban y cobraban lo que a mí me pagaban, yo no sé lo que cobraba y todos mis hermanos tenían que darle la plata a mis padres. Y a la escuela lo poco que fui era a limpiar los baños, a limpiar la cocina... Baldear el patio con la escarcha, vos sos chico, te mandan y qué hacés... Y así fui creciendo de casa en casa”. En esa tarde soleada pero fresca Amanda me cuenta lo difícil que fue su infancia, las diferentes casa donde estuvo, cómo le pegaban o la encerraban con llave siendo una niña, incluso los fines de semana cuando iba a casa de sus padres en el campo tenía que juntar zapallos, sembrar papa, barrer, limpiar, bañar a sus hermanos “entonces vos te vas criando con odio, con bronca y no sabés por qué”. Entre esos maltratos que recibió también hará referencia a abusos sexuales de sus “patrones”, ella me dirá: “ese tipo me manoseo toda, pero a sillazos lo agarré, le rompí los vidrios y me escapé por la ventana, me fui enfrente, cuando viene la mujer un escándalo de aquellos, que me iba a matar, yo no me sabía defender, no sabía qué hacer”. Durante la extensa entrevista que mantuve con Amanda muchas veces ella hará referencia a su ignorancia, a “qué no sabía”, incluso me dirá que a los 14, 15 años no sabía la hora. En este sentido, en su narración también coloca otro momento traumático el de su primera menstruación “llegó el momento que me indispuse y yo gritaba de dolor, no sabía qué carajo me pasaba, y todo así...”.

A los 15 años se fue a trabajar a una fábrica de juguetes “trabajé mucho, lluvia, frío, siempre era la plata para uno o para otro y ya tenías incorporado eso, era así, no tenías otra alternativa”. Y después Amanda se enamoró: “me re enamoré de un amigo de mi hermano, que te digo que eso fue lo peor que me pasó en la vida, tenía 17 años, lindo y todo, yo estaba trabajando con una familia poderosa, después de la fábrica de juguetes. Y bueno, no es lo mismo a los 57 años pensar que a los 17, 18... Yo estaba re enamorada de este tipo, te imaginas.... Yo no sabía ni cuento era dos más dos, me voy a cama con él, yo qué sabía lo que me iba pasar, viste la ignorancia, ay, por no saber nada, nada de la vida, por Dios! Yo a los 10, 11 años agarré me fui a buscar una médica que me atendía a mi hija, una ginecóloga y le dije doctora “por favor quiero que le explique todo porque no quiero que le pasó lo que me pasó a mí (...) y bueno me quedé embarazada, yo no sabía”. Amanda también me contará en detalle los síntomas del embarazo que ella desconocía por completo en aquel momento: “a mí me daban vómitos pero yo no sabía que estaba embarazada, bruta y media... y el tipo re mujeriego, tenía dos años más que yo, andaba con una y con otra, y lo buscaba, iba y venía... Yo pienso que él sabía [del embarazo] porque todos en el pueblo sabían, yo recién hace unos años se lo dije, le mandé una

carta... Bueno, y en ese tiempo se enferma mi padre y se muere en el 76. Y yo que hacía... iba de mi madre era un caos, iba de mi tía... no tenía a donde quedarme a dormir, iba de unas amigas enfrente y aparece la hermana de una del grupo, Aída, que ella ya venía hablando, había estado hablando en el velorio de mi padre ella con mi madre, y me dice 'no querés venirte a Bs As a trabajar' y yo le dije que no, porque conocía a nadie. Hablaba mucho con esta tipa mi mamá... yo decía que no hasta que me convencieron y mi madre dijo: "sí, andate porque yo acá no tengo lugar para tenerte... Y que andate, y que andate... Me armaron una valija... Y me trajo la tipa a Villa Gesell, yo ni sabía lo que era, nunca había salido de Gualaguay. Yo me acuerdo patente el día de hoy que mi madre le dijo: y llévesela nomás porque qué voy a hacer yo con ella, eso nunquita más lo olvidé, pero nunca... y la otra me miraba y me decía: estás gordita, ¿no? estás gorda' Yo te juro, yo no sabía... Bueno la tipa me llevó a Villa Gesell y me dejó en una casa y me dijo "después voy a venir a verte", era gente que ella conocía porque ella trabajaba las temporadas. Entonces, ella me dejó allá y desapareció del mapa. Era un pasillito donde había una cama y yo lloraba y le decía a la mujer "traígala a Aída, que venga Aída, porque a mí me duele la panza, me duele la panza" y entra con una cara el hijo de puta un tipo que me parece que lo estoy viendo y dice 'usted tiene un chico adentro de la panza, usted no sabe que tiene un chico' Ahí tenía que fregar los pisos, comer las sobras, lloraba día y noche, día y noche, me tenían encerrada, no podía salir". Amanda estuvo en esa casa hasta el 31 de diciembre que la llevaron a Tandil al Hospital Santamarina, a partir de ese día hasta el 23 de abril del 1977 dice que estuvo "secuestrada" en un pequeño cuarto del hospital. "Me quise escapar pero uno de uniforme me llevó de vuelta a empujones, me decían que para qué quería yo el bebé, que era muy joven, que había gente que necesitaba el bebé. Yo estaba sola, no sabía dónde estaba parada, lloraba, tenía dolores, era un caos todo. Me encerraban con llave y cada tanto venían las 'damas rosadas' que me sacaban a un patio chiquito y yo lo único que había era llorar y pedir que me mandaran a Gualaguay. Ante su relato yo le preguntaba a Amanda qué le decían esas mujeres y quienes eran, ella me respondía "Qué sé yo mija quienes eran. Las damas rosadas las tengo acá (se toca la cabeza)... Son las viejas de mucha plata que no saben qué carajo hacer en la vida entonces se van -dicen- a dar una mano en los hospitales. Esas iban y me hablaban, y me decían estupideces, que no te pongas nerviosa, que vas a estar bien, espera que nazca tu hijo, que va a quedar acá, que vos no podés andar en la vida con un hijo, que vos no sabés lo que es". Yo quiero que me manden a Gualaguay era lo único que yo decía.

Luego llegó el momento del parto, así lo recuerda "nace el bebé, yo lloraba, descompuesta, gritaba, a mí me ataron, no veía nada, es terrible, terrible todo, sacan la criatura y yo escuche el llanto del bebé y que me lo sacaron por el costado y se lo llevaron y no lo vi más. Lo llegué a ver así de refilón todo sucio... Yo estaba a la deriva, indefensa, y querían la criatura y yo no me sabía defender. Después de que tuve el nene, me sacaron del hospital y me tiraron en una estación de trenes. No tenía plata, ni ropa y estaba toda roñosa, pasó una chica que me vio los dos días que estuve ahí y me auxilió ella. Creo que era de Madariaga, esa chica me ayudó y me consiguió un trabajo con cama, hasta que pude juntar unos pesos y escaparme, fui a Buenos Aires y de ahí a Entre Ríos, pero así como llegué me volví, porque no querían saber nada de mí y me vine a trabajar a Buenos Aires".

Después vendrá el matrimonio, sus otros tres hijos y una vida de mucho trabajo. Amanda está separada y relata hechos de violencia con el que fue su marido. Ella recién pudo “hablar” del robo de su hijo en el 2000 cuando se lo contó a una amiga que le dijo: “urgente tenemos que empezar a buscarlo, buscalo!” Y ahí fue la guerra mía, la búsqueda, que fui a Abuelas de Plaza de Mayo, y ella dale, que dale y siempre me llama. Iba a Gualeguay, me aconsejaban las abuelas, las madres”.

En 2007 Amanda inicia una causa judicial en Tandil por el robo de su hijo, viajó varias veces a Tandil al hospital para hacer averiguaciones. Durante la entrevista me dirá: “Yo tengo todo (me muestra una carpeta grande repleta de papeles, documentos, todos prolijamente guardados en folios de todo lo que hizo en la búsqueda, me muestra un afiche con el que “empapeló Tandil”. Tiene todos los boletos de sus viajes a Tandil). Entre las cosas que logró conseguir en sus viajes una fue el libro de parto “cuando yo lo recibí me quería morir y lloraba a mares, saqué veinte mil fotocopias. No es la partida de nacimiento, es el registro de parto que confirma que yo estuve ahí y que fue un varón. Yo tengo todo eso guardado, he dejado fotocopia en la casa de las Abuelas, en el juzgado de Tandil”.

La causa de Amanda no había avanzado en 2014, habían llamado a declarar al padre del bebé y ella estaba muy angustiada por ese episodio “el fiscal me leyó lo que declaró ‘el señor declaró que él no sabe quién es usted’. Yo te imaginas, mi corazón debe ser de hierro, cuando me leyó eso... Mi gran sufrimiento es encontrar a mi hijo, lo que piense él no me interesa. La mujer de él y todos ya se enteraron... Porque tienen miedo, porque allá son muy materialistas y por un ladrillo matan, piensan en la plata, piensan que esto lo hago por plata... Cuando declaró él lloré a mansalva, yo no lo podía creer”.

También llamaron a declarar a sus hermanos, su madre había fallecido y hasta el momento no habían encontrado a Aída, sin embargo Amanda tenía esperanzas de que hubiera una resolución positiva.

## › ***Embarazo, parto y maternidad: mandatos sociales y disciplinamientos morales***

Los casos de las mujeres que buscan a sus hijos robados y/o adoptados resultan sugestivos para analizar el entrecruzamiento entre las dimensiones de familia, género y clase, al tiempo que exponen situaciones de vulneración de derechos de diverso tipo. Si bien en esta ponencia describí detalladamente la historia de Amanda, ésta junto al resto de los casos que estoy relevando me invitan a preguntarme quiénes eran estas mujeres y qué discursos se construían entorno a ellas y sus embarazos. Una de las regularidades que encontré refiere a la edad, Amanda, al igual que muchas de las mujeres que hoy buscan a sus hijos, eran jóvenes, en su mayoría menores de 20 años y por lo general en redes familiares de desprotección o conflictivas. Al respecto de la clase no es posible hablar de una regularidad, sin embargo, varias de las mujeres que conocí provenían de sectores populares. Tal es el caso de Amanda que tuvo una infancia y adolescencia en condiciones de extrema vulnerabilidad social que la ubicaron en un lugar de subordinación, comenzando por sus padres,

luego sus “patrones”, “las damas rosadas”, los “médicos”, en suma, esa compleja trama de personas e instituciones que, según su testimonio, fueron los responsables del robo de su hijo.

Entiendo que la posición de subordinación de Amanda también se ve reforzada por el valor asignado al “saber”, es decir a la importancia de “no ignorar”, revisando su propia historia en nuestra entrevista advierte que “muchas cosas le pasaron por ignorancia”<sup>3</sup>. La menstruación y el parto, estos “hitos fundantes” de la femineidad eran desconocidos por Amanda y me contará con vehemencia cómo llevó a su hija el ginecólogo prontamente para que le expliquen y que “no le pase lo mismo”.

La naturalización del vínculo materno y la maternalización de las mujeres, tal como ha descrito Marcela Nari (2004), es resultado de un largo y complejo proceso que se potencia a inicios del siglo XX (Badinter, 1981) en donde las ciencias medicas han jugado un rol decisivo, las transformaciones que ha tenido el parto dan cuenta de ello. Correa señala que “hasta el siglo XVIII las mujeres parían en privado, en ocasiones eran asistidas por otras mujeres y raramente por varones (...) ello así porque ‘el parto era cosa de mujeres’” (Correa 2000 en Daich, 2008:73). Esta situación se modifica en siglo XIX con la consolidación del poder médico y los partos son apropiados por los médicos que esperan de las mujeres cuerpos manejables, silentes, atemorizados y entregados a la práctica médica (Correa, 2000). Un elemento común en todas las historias de estas mujeres refiere al rol del médico y su poder de acción y decisión sobre sus cuerpos y también sobre el de sus hijos/as. Al igual que Amanda en el resto de las entrevistas y notas de campo que obtuve ellas relatan “no haberse animado a cuestionar la autoridad del médico, así me lo contaba Elsa una mujer que busca a su hijo nacido en 1978 en la maternidad Sardá:

“En el momento no me atreví, no me permití pensar que los médicos me estaban mintiendo, y cada vez que yo buscaba y pensaba en mi hijo, yo misma me decía “ey, ey, no empecés a enloquecerte, ya te dijeron que nació muerto” y no me dieron nada [se refiere al certificado de defunción y al cadáver]. Pero ni siquiera yo me permití durante muchos años, y uno llora todos los días por eso, es un duelo que nunca cierra, uno aprende a vivir con ese dolor y con esa falta, pero no cierra nunca. ”. (Nota de campo reunión de Madres en Búsqueda. 5 de marzo de 2017. Ciudad de Buenos Aires)

Irene Palacio Lis analiza las imágenes que históricamente fueron construidas sobre las mujeres como “seres menores de edad, faltos de arbitrio, ignorantes, irresponsables y en consecuencia, precisados de tutela y dirección en el logro de ‘objetivos superiores’, como tantas veces se explicitó –a veces de una forma brutal– por parte de los médicos, en particular” (Palacio Lis, 2003:27). Estas y otras representaciones sobre las mujeres pueden ser entendidas también como formas de minorización (Fonseca, 2012) y cosificación. Si bien

---

<sup>3</sup> El caso de Amanda también permite notar la magnitud que adquieren las políticas integrales de educación sexual y procreación responsable en tanto derechos humanos que permitan garantizar los derechos sexuales y reproductivos de niñas/os y adolescentes. Esto resulta particularmente alarmante por estos días en donde dichas políticas se encuentran en un notable retroceso en Argentina.

Amanda podía atender a sus hermanos, cuidar de otros niños y realizar tareas de domesticas en diversos lugares, ella “no podía andar en la vida con un hijo, vos no sabés lo que es” le decían mientras estaba embarazada. Mónica Tarducci sostiene que “se insiste sobre la adolescente embarazada para que lo dé en adopción a una pareja que no puede tener hijos, así, ella puede seguir con la vida “normal” para una joven. En el triangulo de la adopción la madre de origen es la persona “no grata”, la que incomoda, sea adolescente caída en desgracia o madre con muchos hijos chicos que mantener” (Tarducci, 2008:22). De igual modo, son “demasiado” jóvenes o tienen “demasiados” hijos, es decir que quedan por fuera de las “virtudes” que se esperan de una “buena madre” (Tubert, 1996). Así, aquellas mujeres que “entregaron” a sus hijos o bien que eran demasiado jóvenes e incapaces para criarlos, se encontraron desplazadas del ideal de moralidad materna y fueron conceptualizadas como “malas madres” o bien como “madres desnaturalizadas” en tanto contravienen el mandato de la naturaleza (Palomar Vereá, 2004).

El embarazo de Amanda como el de la mayoría de las mujeres que hoy buscan a sus hijos robados eran embarazos por fuera del matrimonio legal, que ponían en cuestión el honor y respetabilidad de las familias “bien constituidas”. Esto es, esas maternidades se encontraban por fuera de las formas legítimas de construir- y concebir- la familia y el parentesco. El modelo de moralidad materna (Nari, 2004), implicó la dispersión de mensajes coercitivos y prescriptivos sobre cuál era el modo “correcto” de criar a los niños y también sobre cómo y cuándo concebirlos. Si bien, en aquel entonces (‘60, ‘70) el destino de las mujeres era el matrimonio y la maternidad, ello acontecía según normas, regulaciones y principios legales y sociales, por ello los embarazos de estas mujeres (adolescentes, solteras, sin recursos) contrariaban el ideal normativo de la familia basada en el matrimonio legal, el poder patriarcal y el parentesco legítimo (Cosse, 2010). Es por ello que, de diferentes maneras, esos embarazos debían ser administrados y encauzados, al igual que esas mujeres a las que además “se les hacía un bien” o “iban a escarmentar y aprender cómo hacer bien las cosas la próxima vez”, e inclusive “podían seguir teniendo otros hijos, así que no era ‘tan’ terrible”, tal como me contaron que les han dicho enfermeras y médicos. Si bien en el caso de Amanda, como en otros, el objetivo era robarle el bebé y venderlo/ entregarlo a una familia, también es posible inferir por las formas que asumió su experiencia de embarazo y parto, que en estas prácticas se perseguía también un disciplinamiento del cuerpo y la moral femenina. Maternidades consideradas “fuera de lugar” (Fonseca, 2012) que debían ser disciplinadas, mediante la coacción para la entrega del bebé o el robo y la sustitución de identidad, como en el caso de Amanda. El robo de su hijo perdura en Amanda como “marca de por vida”, así se ejerce una forma de disciplinamiento moral que perdura en el tiempo bajo una serie de sentimientos y emociones recurrentes en estas mujeres “la culpa, la locura, la vergüenza, la deshonra”. Amanda durante mucho tiempo “creyó que ella había hecho algo mal” hasta que un grupo de psicólogos “le sacó eso de la cabeza” y pudo denunciar y comenzar la búsqueda.

Por último, quisiera plantear que en la construcción de la demanda por acceso a derechos de estas mujeres hay un *desplazamiento estratégico de sentidos* en torno a la maternidad. Como ha sostenido Tubert, los estereotipos de la buena y la mala madre, surgen a partir de la cercanía o lejanía de la matriz interpretativa de “La madre” (1996). En el disciplinamiento de sus maternidades “fuera de lugar” estas mujeres fueron

construidas como “malas madres” jóvenes, promiscuas, indecentes, débiles, un discurso que ellas mismas creyeron durante mucho tiempo y que luego invierten con la denuncia, la búsqueda y la lucha colectiva. Teniendo presente que la maternidad es una gran ficción organizativa, estas mujeres apelan a determinadas ficciones (buena madre=madre que lucha) para legitimar la demanda y situarse en tanto interlocutoras válidas con el Estado, así aquellas jóvenes, promiscuas, ignorantes y frágiles que atentaban contra el honor sus linajes, son hoy mujeres víctimas del robo de sus hijos que luchan por ellos, por su derecho a la identidad y por la verdad. Si a lo largo de la historia la maternidad y el rol materno han adquirido diferentes significados (Badinter, 1981) para comprender la demanda de estas mujeres resulta imprescindible tener presente el activismo jurídico- político de madres y abuelas de plaza de mayo quienes han otorgado nuevos sentidos sobre “lo que hace una madre por sus hijos” y el lugar que asume el parentesco y la maternidad como organizador de las demandas por acceso a derechos en nuestro país.

En suma, es posible sostener que estas mujeres en la construcción de la demanda por la recuperación de sus hijos robados, al tiempo que interpelan los estereotipos construidos sobre ellas como “malas madres”, se autodefinen como *víctimas* “de separación de sus hijos e hijas al nacer”, y entiendo que apelar a esa noción les permite desplazar la conceptualización de malas madres hacia madres víctimas del delito de robo y tráfico de niños, madres que hoy los buscan, luchan, se organizan, demandan y exigen justicia, “buenas madres”.



## Bibliografía

Badinter, E. (1981). *Existe el amor maternal. Historia del amor materno*. Siglos XVII al XX. Barcelona: Paidós-Pomaire.

Correa, A. (2000). Parir es morir un poco. Partos en el siglo XIX” En: Fernanda Gil Lozano, Valeria Pita y Gabriela Ini (Dir.) *Historia de las mujeres en la Argentina. Colonia y S.XIX*. Buenos Aires: Taurus. Pp.193-213

Cosse, I. (2010) *Pareja, Sexualidad y Familia en los años sesenta*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

Daich, D. (2008). “Buena madre. El Imaginario Maternal en La tramitación judicial del infanticidio. *Maternidades en el siglo XXI*. Buenos Aires: Espacio Editorial. Pp.61-86.

Fonseca, C. (2012). “Mães ‘abandonantes’: fragmentos de uma história silenciada”. *Estudos Feministas*, Florianópolis, 20(1):344.

Nari, M. (2004). *Las políticas de la maternidad y maternalismo político, Buenos Aires, 1890-1940*. Buenos Aires: Biblos.

Palacio Lis, I. (2003). *Madres ignorantes: Madres culpables. Adoctrinamiento y divulgación materno-infantil en la primera mitad del siglo XX*. Universitat de Valencia.

Palomar Vereza, C. (2004). “Malas madres”: la construcción social de la maternidad. *Debate feminista*, año 15, vol. 30, octubre, Méjico, 2004, pp.12-25.

Tarducci, M. (2008) “Maternidades y adopción: introducción desde la antropología de género. *Maternidades en el siglo XXI*. Buenos Aires: Espacio Editorial. Pp.15-27

Tubert, S. (1996). *Figuras de la madre*. Ediciones Cátedra. Universitat de Valencia. Instituto de la mujer.